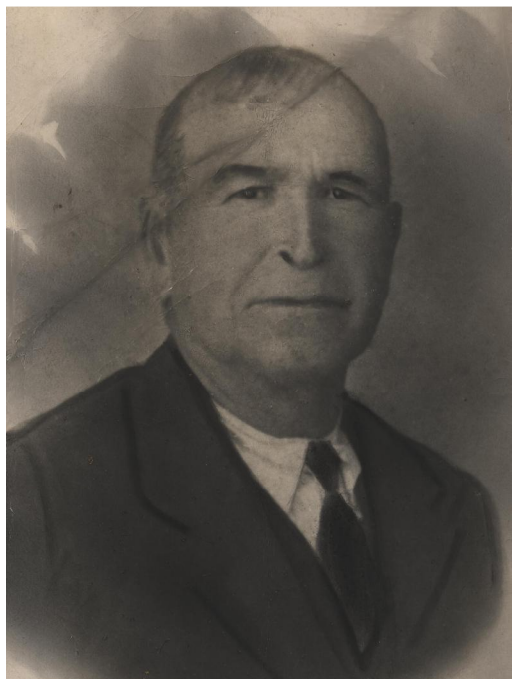


APELLIDO HAMER

Adolfo Hamer



Francisco Hamer, tataranieto de Jacobo Hamer

Al igual que ocurre con otros muchos apellidos colonos, parece ser que sólo una familia apellidada Hamer se asentó en La Carlota allá 1769. Ésta procedía de Alsacia, una región que aunque hoy forma parte de Francia, entonces estaba comprendida en el Sacro Imperio Romano Germánico (Alemania). El cabeza de familia era el músico Felipe Hamer, el cual había nacido en Erschringen hacia 1722 en el seno del matrimonio formado por Juan Jorge Hamer y su esposa Margarita. Junto a él llegaron su mujer, Catalina Hotzerine, nacida también en Erschringen hacia 1726 y con la que había contraído matrimonio en algún momento antes de 1746, y sus seis hijos. Su séptima y última hija, que lamentablemente no viviría más de un mes, nacería ya en La Carlota pocas semanas después de su llegada.

En 1763, esta familia, acompañada al menos por la de Jacobo Schöffler y la de Felipe Lingensfelder, decidió abandonar el Sacro Imperio y dirigirse hacia la costa atlántica del reino de Francia con el objetivo de pasar a la Guyana francesa; donde por iniciativa

del ministro francés Choiseul se tenía proyectado el establecer varias colonias con extranjeros. Un viaje que no dudaron en emprender a pesar del avanzado estado de gestación en que se hallaba Catalina, la cual a mitad de camino, concretamente en la ciudad de París, daría luz a su hijo Martín. Sin duda alguna, con este viaje aspiraban a escapar al estado de pobreza en el que se encontraba la zona de la que procedían, a causa fundamentalmente de la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Una situación tan generalizada que la emigración se hizo casi endémica en Centroeuropa.

Tras este largo y dificultoso viaje, Felipe Hamer y su familia llegaron a finales de mayo de 1764 a Saint Jean D'Angély, una pequeña ciudad francesa, cercana a la costa, donde se había establecido la principal caja para la admisión de colonos. Allí fueron inmediatamente registrados, pasando a formar parte del contingente de colonos que aguardaba su turno para viajar bien a Kourou o bien a Cajenne. Una travesía que, finalmente, nunca pudieron realizar.

La enorme mortandad que aquejó a los colonos que se iban estableciendo en la Guyana, forzó al gobierno francés a interrumpir las remesas de colonos con este destino a mediados de ese mismo año de 1764. A partir de esta fecha se intentó establecerlos en otras posesiones francesas, tales como Martinica, Guadalupe o Santo Domingo; pero los resultados no fueron mucho mejores. Finalmente, Choiseul decidió al año siguiente suspender todos los embarcos, así como facilitar la vuelta al continente europeo de aquellos colonos que quisieran hacerlo.

Tal y como se les había prometido, hasta finales de 1766 nuestra familia, al igual que las restantes, fue sustentada por la Hacienda gala, pero el enorme coste que ello suponía para las arcas reales, sobre todo si consideramos que ya entonces se había abandonado la colonización de la Guyana, llevaría a que se les 'invitara' a abandonar el país, para lo cual se les facilitaría una cantidad diaria que les permitiría hacer frente a las necesidades del viaje, o a establecerse en alguna de sus ciudades. Obviamente, el gobierno francés veía en aquellos colonos

centroeuropeos, que ascendían a varios miles, un peligro en potencia; de ahí las facilidades ofrecidas.

De este modo, los Hamer, al igual que sus amigos los Schöffers o los Lingenfelder, decidirían entonces asentarse en Rochefort; donde es bastante probable que Felipe Hamer se emplease como músico en alguna iglesia o capilla. Sin embargo, las cosas no debieron irles tan bien como en un principio habrían imaginado.

De ahí que cuando tuvieron conocimiento de las Nuevas Poblaciones que iba a establecer Carlos III en el sur de España, algo nada extraño pues una de las rutas prefijadas para el tránsito de colonos hacia el mediodía peninsular discurría muy próxima a su localidad de residencia, decidieron marchar con destino a ellas. Para ello tomaron, casi con seguridad, la ruta marítima que unía Sète con el puerto de Almería, circunstancia extraña (aunque intuimos las razones que pudieron estar detrás de esta decisión) pues lo lógico hubiera sido que aprovecharan la cercanía de la ruta terrestre que llevaba a la caja de



Manuel Hamer Ott, cuarto nieto de Jacobo Hamer

recepción de Almagro. En cualquier caso, lo cierto es que, tras un largo viaje, a mediados de 1769 llegaron a La Carlota, siendo establecidos en la suerte número 262 (Departamento 6°).

En dicha suerte residiría Felipe Hamer en compañía de su familia durante algunos años, pero en cuanto le fue posible la vendió para adquirir otra situada bastante cerca del casco urbano de la colonia; concretamente a la derecha conforme se sale de éste con destino a Córdoba. Precisamente aquella en la que él fallecería a comienzos de 1785; y en la que, igualmente, moriría su viuda dieciséis años más tarde.

Tras su óbito, heredó la referida suerte Jacobo Hamer, su hijo mayor. Éste, natural también de Erschringen, un pueblecito situado a unas leguas de la ciudad alsaciana de Lahr, donde había nacido en 1749, estaba entonces casado en primeras nupcias con Ana María Schöffers (hija del mencionado Jacobo Schöffers) y tenía cuatro hijos. Ahora bien, muy poco tiempo podría disfrutar de la suerte heredada de su progenitor. Dos años más tarde enviudó, y aunque contrajo de nuevo matrimonio en 1789 con una alemana bastante más joven que él, fallecería finalmente en 1792 con sólo cuarenta y tres años.

Por aquel entonces su hijo mayor, Carlos María Hamer Schöffers, nacido ya en España, contaba con dieciocho años. Y a él le correspondió la responsabilidad de explotar su suerte y de cuidar a sus hermanos. Con bastante esfuerzo, así como con la más que probable ayuda de sus tíos, debió salvar holgadamente esas dificultades, pues a comienzos del siglo XIX nos consta que vendió la referida suerte para adquirir otra de mejor calidad, concretamente la número 4 (Departamento 1°). Allí vivirían tanto él, que no fallecería hasta enero de 1843, casi cumplidos los sesenta y nueve años, como sus descendientes durante varias generaciones. Por más señas aún, en la casa colonial que hasta no hace muchos años podía observarse donde hoy día se levanta el establecimiento comercial denominado “Bombolandia”.

Fuente: HAMER, Adolfo, “Sobre el apellido Hamer”, *La Crónica de La Carlota*, nº 26 (noviembre de 2005), p. 15; y nº 27 (diciembre de 2005), p. 17.